

## CIENCIA.

Necesidad de la  
ciencia cris-  
tiana.

La interpretación de la ley corresponde al sacerdote, dice S. Jerónimo: *Legis interpretatio, sacerdotis officium est.* (Epist. ad Nopoltan.). Tú empero, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, mantente firme en lo que has aprendido y se te ha confiado (1), considerando quién te lo enseñó.

La ciencia es necesaria hasta para dar reglas al celo.... El celo, dice S. Bernardo, no es verdaderamente eficaz sino cuando va unido á la ciencia: es entonces más útil; mientras que muchas veces es dañoso sin ciencia. Cuanto más ardiente es el celo, más activo el espíritu, y más persuasiva la caridad, tanto más precisa es la acción de la ciencia, para saber limitar el celo, moderar el espíritu, y dirigir la caridad. (*Tract. de Inter. Dom.*)

Si estando pendiente ante tí, dice el Señor en el Deuteronomio, una causa, hallares ser difícil y dudoso el discernimiento entre sangre y sangre, entre pleito y pleito, entre lepra y lepra, (esto es en materias criminales ó civiles, ó del culto), y vieres que son varios los pareceres de los jueces que tienes en tu ciudad, marcha y acude al lugar que habrá escogido el Señor Dios tuyo, donde recurrirás á los sacerdotes del linaje levítico, y al que como Sumo Sacerdote fuere en aquel tiempo Juez Supremo del pueblo; y los consultarás, y te manifestarán cómo has de juzgar segun verdad. Y harás todo lo que te dijeren los que presiden en el lugar escogido por el Señor, y lo que te enseñaren conforme á su ley, y seguirás la declaración de ellos, sin desviarte á la diestra ni á la siniestra. (*Deuter. c. XVII. vv. 8, 9, 10, 11.*)

La escritura llama al sacerdote *Veyente*. David dice al sacerdote Sadoc: *O Veyente* (esto es, ó Profeta, ó sumo Sacerdote), vnelvete en paz á la ciudad: *Dixit Rex ad Sadoc sacerdotem: O Vylens, revertere in civitatem in pace.* (II. Reg. XV. 27).

Otro de los fines por que el rey Salomon escribió las Parábolas, á fin de que los pequenuelos adquieran sagacidad ó discreción, y los mozos saber y entendimiento. El sabio, dice él, que escuchare estas parábolas, se hará más sabio; y al que las entendiere, le servirán de timon, esto es, para saber gobernarse bien. (*Prov. I. 4-5.*)

Debemos escuchar ó instruirnos, dice Séneca, tanto tiempo como lo necesitemos, tanto como dure la vida: *Tandiu audiendum et discendum, quamdiu nescias, quamdiu vivas.* (Epist. LXXVII).

Por más edad que tengamos, jamás debemos decir que es demasiado tarde para instruirnos; pues es menester aprender siempre lo que no sepamos.... El rey Carlos IV de Francia pasaba un tiempo considerable estudiando; y decía que sus estudios eran su espectáculo. (*In ejus vita.*)

(1) Tu vero permans in iis que didicisti, et credita sunt tibi, sciens á quo didiceris. II. III. 14.

Aunque tenga más edad que vos, escribe S. Agustín á S. Jerónimo, aunque muy viejo, no dejo de consultar. Para aprender lo que es preciso, ninguna edad es demasiado avanzada; porque, si conviene que los ancianos más bien instruyan que aprendan, para que no ignoren lo que han de enseñar á los otros. (*Epist. XXVIII.*)

Instruíos antes de hablar, dice el Eclesiástico: *Antequam loquaris, discas.* (XVIII. 19). No habéis jamás de lo que ignorais; podríais decir cosas falsas, temerarias condenables y condenadas....

Los labios del justo instruyen á muchisimos, dicen los Proverbios; mas los que no quieren recibir la instrucción, morirán en su ignorancia: *Qui indocti sunt, in cordis egestate morientur.* (X. 21).

El sabio indagará la sabiduría de todos los antiguos, y hará estudio en los Profetas. Recogerá en su corazón las explicaciones de los varones ilustres, y penetrará asimismo las agudezas de las parábolas. Sacará el sentido oculto de los Proverbios, y se ocupará en el estudio de las alegorías de los enigmas. Asistirá en medio de los magnates, y se presentará delante del que gobierna. Pasará á países de naciones extrañas, para reconocer aquello que hay de bueno y de malo entre los hombres. (*Eccli. XXXIX. I. 2, 3, 4, 5.*) Quedó sin habla el pueblo mio, dice el Señor por Oseas, porque se hallaba falto de la ciencia de la salud. Por haber tú desechado la ciencia, yo te desecharé á tí, para que no ejerzas mi sacerdocio; y pues olvidaste la ley de tu Dios, yo tambien me olvidaré de tus hijos: *Conticuit populus meus, eo quod non habuerit scientiam: quia tu scientiam repulisti, repellam te, ne sacerdotio fungaris mihi, et oblita es legis Dei tui, obliviscar filiorum tuorum et ego.* (IV. 6.)

En los labios del sacerdote, dice el Señor por Malaquías, ha de estar el depósito de la ciencia, y de su boca se ha de aprender la ley; puesto que él es el ángel del Señor de los ejércitos: *Labia sacerdotis custodient scientiam, et legem requirunt ex ore ejus, quia angelus Domini exercituum est.*

San Ambrosio llama á la Biblia, que contiene la ley de Dios, el libro sacerdotal: *Librum sacerdotalem;* como propio del sacerdote, quien está obligado á leerla con asiduidad. (*Lib. II. Offic.*)

El sacerdote, dice S. Jerónimo, ha de guardar la ciencia, de modo que sea una biblioteca saludable y sabia, á donde todos puedan acudir para tomar lo que necesitan. (*In Epist.*)

San Ambrosio compara los sacerdotes á las abejas: como celestiales abejas, dice, los sacerdotes deben formar su suave miel con las flores de las divinas escrituras, y disponer con arte todo lo necesario para curar las almas: *Sicut apes, de divinarum scripturarum flosculis suavia mella conficiunt, et quidquid ad medicinam pertinent animarum, oris sui arte componunt.* (Lib. III. Offic., c. V).

El verdadero conocimiento, la verdadera ciencia, dice S. Jerónimo, es saber la ley entender los Profetas y creer al Evangelio:

En qué consiste  
la verdadera  
ciencia.

*Agnitio et scientia est nosse legem, intelligere Prophetas, Evangelio credere.* (Comment.).

Sabemos, dice el apóstol S. Juan, que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al verdadero Dios y estemos en su Hijo verdadero. Este es el verdadero Dios y la vida eterna: *Scimus quoniam Filius Dei venit, et dedit nobis sensum, ut cognoscamus verum Deum, et sinus in vero Filio ejus. Hic est verus Deus et vita eterna.* (IV. 20).

Y la vida eterna, dice Jesucristo por S. Juan, consiste en conocer a vos solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien vos enviasteis: *Hæc est vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem missisti Jesum Christum.* (Joann. XVII. 3).

¡Feliz el hombre a quien vos, ó Señor, habreis instruido y amaestrado en vuestra ley! dice el Real Profeta: *¡Beatus quem tu erudieris, Domine, et de lege tua loqueris eum!* (XCIII. 12).

La verdadera ciencia consiste pues en recibir lecciones del Señor, y en conocer su ley.... Por esto el mismo Profeta dice: ¡Cuán amable me es vuestra ley, ó Señor! Todo el día es materia de mi meditación. Con vuestro mandamiento me hicisteis superior en prudencia á mis enemigos, porque le tengo perennemente ante á mis ojos. He comprendido yo más que todos mis maestros, porque vuestros mandamientos son mi meditación continua. Alcancé más que los ancianos, porque he ido investigando vuestros preceptos: *Super omnes docentes me intellexi, quia testimonia tua meditatio mea est; super senes intellexi, quia mandata tua quasi o.* (CXVIII. 99-100).

Son vanos, dice la Sabiduría, todos los hombres en quienes no está la ciencia de Dios: *Vani sunt omnes homines in quibus non subest scientia Dei.* (XIII. 4).

No hay aquí en la tierra ciencia, dice S. Bernardo moribundo: no hay verdaderamente ningún conocimiento; en el cielo está la plenitud de la ciencia; en el cielo está el verdadero conocimiento de la verdad: *Nulla hic scientia nulla vere cognitio; sursum scientiæ plenitudo, sursum vera notitia veritatis.* (In ejus vita).

San Justino enseña que la verdadera filosofía consiste en el conocimiento de Dios. (Epist.).

San Lorenzo Justiniano decía que la verdadera ciencia del hombre consistía en saber dos cosas: que Dios es todo, y que uno mismo no es nada. (Lib. de ligno vite).

Si conocéis á Jesucristo, dice un autor, va basta, aunque ignoréis todo lo demás; pero si no conocéis á Jesucristo, aunque tuvieseis todos los conocimientos del mundo, no sabrías nada.

*Si Jesum noscis, sat est, si cætera noscis;  
Si Jesum noscis, nil est, si cætera noscis:*

Vosotros, dice Jesucristo, ni debéis preciaros de ser llamados maestros; porque el Cristo es vuestro único Maestro. (Math. XXIII. 10).

El Señor da la sabiduría, dicen los Proverbios, y de su boca sale la discrecion y la ciencia: *Dominus dat sapientiam, et ex ore ejus scientia.* (II. 6). Dios es para la ciencia y para los que la buscan, lo que la luz es para los que miran un objeto y para el objeto mismo....

El corazón recto busca la ciencia, dicen los Proverbios: *Cor rectum inquirit scientiam.* (XXVII. 21).

Cuando oramos, dice S. Agustin, nosotros mismos hablamos á Dios; pero cuando leemos, el mismo Dios nos habla y nos instruye: *Cum oramus, ipsi cum Deo loquimur; cum vero legimus, Deus nobiscum loquitur.* (Serm. CXII. de Temp.).

Conocer á Dios, dice S. Bernardo, es la plenitud de la ciencia: *Deum cognoscere, plenitudo est scientiæ.* (Tract. de Inter. Dom.).

¿Qué sabían los Apóstoles? Sólo una cosa: Jesús, y Jesús crucificado. Yo no me he preciado de saber otra cosa entre vosotros sino á Jesucristo, y éste crucificado, dice el gran Apóstol á los corintios: *Non enim judicavi me scire aliquid inter vos, nisi Jesum Christum, et hunc crucifixum.* (I. II. 2). Sin embargo, Jesucristo llama á sus Apóstoles luz del mundo; y lo son en efecto: *Vos estis lux mundi.* (Math. V. 44). Jamás pudo decirse tanto de los más grandes filósofos....

Nada mejor que el conocimiento de Dios, dice S. Agustin, porque no hay nada que haga más feliz; este conocimiento es la misma beatitud: *Cognitione Dei nihil melius est, quia nihil beatius est; et ipsa vera beatitudo est.* (Serm. CXII. de Temp.).

El conocimiento de un Dios único, es la posesion de todas las virtudes, dice S. Jerónimo: *Notitia unius Dei, omnium virtutum possessio est.* (In Epist.). Amad, prosigue, la ciencia de las Escrituras, y detestaréis los vicios de la carne: *Ama scientiam Scripturarum, et vita carnis non amabis.* (In Epist.).

Conoceros, Señor, dice la Sabiduría, es la justicia perfecta; y el conocer vuestra justicia y poder, es la raíz de la inmortalidad: *Nosse enim te consummata justitia est; et scire justitiam et virtutem tuam, radix est immortalitatis.* (XV. 3). Conocer á Dios no sólo especulativa, sino prácticamente....

Las raíces de las ciencias son amargas, dice Aristóteles, pero los frutos son dulces: *Studiorum radices amara, fructus autem suaves.* El mismo autor, preguntado sobre la diferencia que existe entre un sabio y un ignorante, contestó: Hay tanta diferencia como entre un hombre vivo y otro muerto. *Quo viventes á mortuis.* Decía que la ciencia es un adorno en la prosperidad, un refugio en la adversidad; que los padres que instruyen á sus hijos, son muy superiores á los que sólo les dan la vida; porque éstos no hacen más que ponerlos en el mundo, pero aquellos, no contentos con haberles dado la existencia, miran que su vida sea buena, rica y feliz. (In Laertius, in ejus vita).

Ventajas de la verdadera ciencia.

Los justos se librarán con el don de la ciencia, dicen los Proverbios: *Iusti liberabuntur scientia*. (XI. 9).

Por esta ciencia es preciso entender el conocimiento de Dios, de la Escritura, de las cosas divinas, de la gracia, de las virtudes, del servicio de Dios, de su amor, del alma, de la salud, de las postrimerias.

El varon instruido se dirige hácia lo alto por la senda de la vida, á fin de desviarse del abismo del infierno, dicen los Proverbios: *Semita vitæ super eruditum*. (XV. 24). El que es sabio de corazón, será llamado prudente, añaden los Proverbios: *Qui sapiens est corde, appellabitur prudens*. (XVI. 25). La ciencia es un manantial de vida para el que la posee: *Fons vitæ eruditio possidentis*. (Prov. XVI. 22).

El corazón del sabio amaestrará su lengua, y añadirá gracia á sus labios. Las palabras elocuentes son un panal de miel, dulzura del alma y vigor de los huesos: *Cor sapientis erudit os ejus, et labiis ejus addet gratiam. Factus mellis, composita verba, dulcedo animæ, sanitas ossium*. (Prov. XVI. 23-24). Es cosa apreciable el oro, y la abundancia de pedrería; mas la alhaja preciosa es la boca del sabio: *Vas pretiosum labia scientiæ*. (Prov. XX. 15).

La ciencia del sabio, dice el Eclesiástico, rebosa por todas partes como una avenida de agua, y sus consejos son cual fuente perenne de vida: *Scientia sapientis tamquam inundatio abundabit, et consilium illius, sicut fons vitæ permanet*. (XXI. 16).

La ciencia de Dios es el manantial de todos los bienes..... La cosa más preciosa y más perfecta es el conocimiento de Dios, dice S. Gregorio Nacianceno: *Perfectissima omnium rerum est cognitio Dei*. (In Distich.).

Clemente de Alejandria afirma que el que conoce verdaderamente á Dios no puede entregarse á los deleites ni á las demás agitaciones del alma. (Lib. IV Strom.).

El conocimiento y el recuerdo de Dios excluyen todos los crímenes, dice S. Jerónimo. (In Epist.).

No os dare pastores segun mi corazón que os apacientarán con la ciencia y con la doctrina, dice el Señor en Jeremías: *Dabo vobis pastores iusta cor meum, et pascent eos in scientia et doctrina*. (III. 13).

Los que tengan ciencia, dice Daniel, brillarán como la luz del firmamento, y los que enseñan á muchos la justicia, serán como estrellas durante toda la eternidad: *Qui docti fuerint, fulgebunt quasi stellæ in perpetuas æternitates*. (XII. 3).

San Agustín, en su libro de la vida feliz, nos enseña prolijamente que la vida feliz no es más que el conocimiento perfecto de Dios.

San Bernardo dice: Conocer á Dios es la plenitud de la ciencia; la plenitud de esta ciencia es la plenitud de la gloria, la consumacion de la gracia, la perpetuidad de la vida. (Trat. de inter domo).

No hay alimento tan suave para el alma, dice Lactancio, como

el conocimiento de la verdad, y sobre todo de la verdad increada: *Nullus suavior est animo cibus, quam cognitio veritatis, præsertim prima increata*. (Lib. I, c. III).

Los incrédulos, los filósofos impíos, son aquella raza sin consejo y sin prudencia de que nos habla la Escritura: ¡ojalá tuviesen sabiduría é inteligencia y previesen sus postrimerias! *Gens absque consilio est, et sine prudentia: putnam saperent, et intelligerent, ac novissima providerent!* (Deuter. XXXII. 28-29).

¿No ha de oscurecerse la luz del impío? Su tea se oscurecerá en su tienda: la lámpara que lucía en su cabeza, se apagará. (XVIII. 5-6).

Desde lo alto del cielo el Señor echó una mirada sobre los hijos de los hombres, para ver si habia uno que tuviese juicio ó que buscase á Dios, dice el Salmista. Todos se han extraviado, todos á una se hicieron inútiles: no hay quien obre bien, no hay siquiera uno. (XIII. 2-3). No ha querido el impío instruirse para obrar bien, dice en otro lugar el Salmista: *Noluit intelligere ut bene ageret*. (XXXV. 4).

El que no tiene fe, no tiene verdadera ciencia..... La eternidad y la verdad están en el cielo, dice S. Agustín; se llega á la verdad por medio de la fe: *Duo illa sursum sunt, æternitas et veritas; per fidem veniendum est ad veritatem*. (Lib. de Civit.).

Fuera de Dios no hay verdadera ciencia..... El incrédulo desprecia á Dios, la ley de Dios, la religion, su conciencia, su alma, su salvacion y su eternidad; jamás se ocupa de esto. Y sin embargo toda su ciencia no consiste en otra cosa.....

El fin de los mandamientos, dice el Apóstol, es la caridad, que nace de un corazón puro, de una buena conciencia, y de fe no fingida. De lo cual desviándose algunos, han venido á dar en charlataneria, queriendo hacer de Doctores de la ley, sin entender lo que hablan, ni lo que aseguran: *Volentes esse legis Doctores, non intelligentes neque quæ loquuntur, neque de quibus affirmant*. (I. Tim. I. 7.).

Has de saber esto, dice el mismo Apóstol á Timoteo, que en los dias postreros sobrevendrán tiempos peligrosos: levantaránse hombres pagados de si mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, facinerosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, fieros, inhumanos, traidores, protervos, hinchados, y más amadores de deleites que de Dios; mostrando, si, apariencia de piedad, pero renunciando á su espíritu. Apártate de los tales, porque de éstos son los que se meten por las casas y cautivan á las mujercillas cargadas de pecados, arrastradas de varias pasiones, las cuales andan siempre aprendiendo, y jamás arriban al conocimiento de la verdad. En fin, así como Jannes y Mambres resistieron á Moisés, del mismo modo éstos resisten á la verdad, hombres de un corazón corrompido, réprobos en la fe, que quisieran pervertir á los demás; mas no lograrán sus intentos:

Inocencia de los incrédulos.

porque su necedad se hará patente á todos, como *antes* se hizo la de aquellos *Magos*. Quiere decir con esto el Apóstol que los tales impostores se valen de la natural curiosidad y ligereza de tales mujeres, ansiosas siempre de hallar una doctrina que se acomode á todos sus antojos: *Semper discentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes.* (II. Tim. III. 1. etc.).

Peligros y desgracias que ocasiona una falsa ciencia.

Por esto decia el mismo Apóstol á los de Corinto: la ciencia por sí sola hincha; la caridad es la que edifica. (*I. Cor. VIII. 1.*) Cosa de la virtud de los humildes es, dice S. Agustin, el no gloriarse de la ciencia: *Humilitum virtus est de scientia non gloriari.* (De Morib.).

Un alimento indigesto, dice S. Bernardo, engendrará malos humores; no nutre al cuerpo, sino que lo deteriora. Lo mismo sucede con la ciencia arrojada en el estómago del alma, que es la memoria: si la caridad de Jesucristo no le presta calor, y si esta ciencia no hace que la voluntad obre, es un mal, una calamidad. (*Serm. XXXVI. in Cant.*).

Va en busca de males el corazón del inenio; pero el buen corazón inquiera la ciencia, dicen los Proverbios: *Cor iniqui inquirit mala, cor autem rectum inquirit scientiam.* (XXVII. 21).

Mi pueblo fué llevado cautivo, dice el Señor por medio de Isaías, porque no ha tenido la verdadera ciencia: por esto el infierno ha ensanchado su seno: *Captivus ductus est populus meus, quia non habuit scientiam: propterea dilatavit infernus animam suam.* (v. 43-44).

Nadie debe vanagloriarse de su ciencia, puesto que 1.º es transitoria; 2.º imperfecta; 3.º dañosa muchas veces; y 4.º trabajosa....

Tiempo vendrá, dice el Apóstol, en que no podrán sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una comezon extremada de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, recurrirán á una caterva de doctores propios para satisfacer sus desordenados deseos, y cerrarán sus oídos á la verdad, y los aplicarán á las fábulas.

No debe buscarse la ciencia del hombre y del corazón humano en los libros malos, en novelas obscenas, en folletos irreligiosos. Esta es la ciencia de las pasiones: la prostitucion de la ciencia.... la ciencia del infierno.... Tal ciencia hace demonios, y lleva á la morada de estos desgraciados seres....

Evita las cuestiones necias, dice el Apóstol á su discípulo Tito, y las genealogías, y contiendas y discusiones sobre la ley; puesto que son inútiles y vanas: *Stultas questiones, et genealogias, et contentiones, et pugnas legis devita; sunt enim inutilles et vanae.* (III. 9).

Cómo debe estudiarse, ó medios de instruirse ventajosamente.

El modo de instruirse, dice S. Bernardo, es estudiar con orden, con asiduidad, con un fin laudable: *Modus est ut scias quo ordine, quo studio, quo fine.* (Serm. XXXVI in Cant.).

¿Qué orden hemos de seguir en los estudios? Hemos de empezar por instruirnos de lo perteneciente á la salvacion; aprender lo

que debemos á Dios y al prójimo, lo que nos debemos á nosotros mismos....

Es preciso estudiar con asiduidad, con celo, pero con el celo del amor de Dios; no dejar que el corazón se seque en tanto que se adorna y alimenta el entendimiento.

¿Con qué fin debemos estudiar é instruirnos? No debe ser ni por vanagloria, ni por curiosidad ú otro motivo semejante, sino por Dios, por nuestra propia utilidad y la del prójimo. Hay algunos que sólo quieren saber para darse á conocer, añade S. Bernardo; y esto no pasa de ser una vergonzosa vanidad: *Sunt namque qui scire volunt ut scientur et ipsi, et turpis vanitas est.* (Serm. XXXVI. in Cant.).

Muchos buscan los medios de formar su entendimiento con la ciencia, y muy pocos los necesarios para formar su conciencia. Si pusieran ante todo empeño en ilustrar su conciencia, empleando el mismo ardor y el mismo celo que se emplea en ir detrás de la ciencia profana y vana, pronto se tendría una conciencia recta, guía más segura que toda ciencia humana.

Habiendo uno preguntado á Sto. Tomás de Aquino cuál era el medio de adquirir la ciencia, respondió: Os prescribiré que habéis poco, que guardéis la pureza de vuestra conciencia, que os dediquéis á menudo á la oracion, y que seáis amables para todos; que no os ocupéis de las acciones de los demás: comprended lo que hagáis y oigáis; consultad en la duda.

Hijo mío, dice el Señor en los Proverbios: si recibís mis palabras; si acogeis mis preceptos; si prestáis oído atento á la sabiduría; si inclináis vuestro corazón á la prudencia; si implorais la sabiduría, entónces aprenderéis el temor del Señor y hallaréis la ciencia de Dios. (II. 1-5).

Si queréis ser sabios, no leáis más que un sólo libro, dice Sto. Tomás: *Si vis evadere doctus, unum dumtaxat lege librum* (3. p. q. 7 art. 9).

El libro por excelencia es la Sagrada Escritura....

El sabio, dice el Eclesiástico, indagará la sabiduría de todos los antiguos, y hará estudio en los Profetas. Conservará en la memoria las explicaciones de los hombres célebres: *Sapientiam omnium antiquorum requirere sapiens, et in Prophetis vacabit. Narrationem virorum nominatarum conservabit.* (XXXIX. 1-2).

Para adquirir la verdadera ciencia, dice S. Bernardo, la compuncion vale más que las profundas pesquisas; los suspiros instruyen mucho más que los argumentos; las lágrimas más que las sentencias; la oracion más que la lectura; la contemplacion de las cosas celestiales, más que la exploracion de las cosas de la tierra.

La primera de las ciencias, dice en otra parte S. Bernardo, y la verdadera ciencia, consiste en una conciencia pura y santa ante Dios: *Vera scientia consistit in pura et sancta coram Deo conscientia.* (Lib. de Conscientia.). Sólo los discípulos de Jesucristo, añade, esto

es, los que desprecian el mundo, llegan á la verdadera ciencia; porque no es la lectura la que da esta ciencia cierta, sino las obras; no es la letra, sino el espíritu; no es la erudición, sino el ejercicio en los mandamientos de Dios. Sembrad para la justicia, cosechad la esperanza de la vida futura; haced brotar en vosotros la luz de la ciencia del Espíritu Santo y de la Cruz.

No se llega á la luz de la ciencia si el germen de la justicia no está antes en el alma: de este germen se forma el grano de la vida eterna, y no la paja de la vanagloria. (*Lib. de Conscientia*).

Empleemos la ciencia, dice S. Agustín, como un medio de construir el edificio de la caridad: *Sic adhibeatur scientia tamquam machina quedam, per quam structura caritatis assurgat.* (Epist. CXIX., c. XXI).

## CIRCUNCISION.

**E**STE es el pacto mío que habeis de observar entre vosotros, así tú, como tu descendencia despues de tí: Todo varon entre vosotros será circuncidado, dijo el Señor á Abraham: *Hoc est pactum meum quod observabitis inter me et eos, et semen tuum post te: Circumcidetur ex vobis omne masculinum.* (Gen. XVII. 10).

¿Que objeto tenia la circuncision?

La circuncision era: 1.º el signo de la alianza hecha entre Dios y Abraham; 2.º la prueba de la fe de Abraham; 3.º la señal que distinguia los fieles de los infieles; 4.º era, segun lo enseñan los Padres, la señal de la existencia del pecado original y de su expiacion por Jesucristo; 5.º era la figura del bautismo, y por esta razon se daba un nuevo nombre al circuncidado, como se da un nuevo nombre al que se bautiza. En resumen, la circuncision era pues el signo distintivo del pueblo de Dios, el signo figurativo del Mesias, y tambien de la participacion á la redencion por Jesucristo; porque el Mesias y el Evangelio fueron prometidos y revelados á Abraham, primer circunciso; era, en fin, el signo de la circuncision espiritual: *¿Quæres cur in hoc membro præputi instituta sit á Deo circuncisio? Respondeo: 1.º quia in hoc membro Adam primum inobedientia sua effectum et carnis rebellionem sensit; 2.º quia hoc membro generamur, et transfunditur peccatum originale, quod circuncisione curatur; 3.º ut significaretur Christus redemptor, et novi fœderis institutor, generandus ex Abraham semine.* En el sentido alegórico, la circuncision fué el tipo del bautismo y de la penitencia. En el sentido tropológico, fué la señal de la mortificacion de la carne y de todos los vicios. En el sentido anagógico, la circuncision que se hacia el dia octavo, representaba la resurreccion que ha de tener lugar en la octava edad del mundo, en la cual desaparecerá la corrupcion de la carne y de la naturaleza toda.

Si el recién nacido moria ántes del dia octavo de su nacimiento, podia salvarse como el sexo femenino, con los remedios y los ritos visibles de la ley natural protestativos de la fe en Cristo que habia de venir.

La circuncision fué ordenada, entre otros fines, para distinguir de los demás pueblos la posteridad de Abraham; pero esta distincion se verificaba por el hombre y no por la mujer, por la razon que da Sto. Tomás: por esto sólo se dispuso que los varones fueran circuncidados.

Llegado el dia octavo en que debia ser circuncidado el niño, dice S. Lucas, le fué puesto por nombre Jesús. (*II. 21*).

¿Por qué quiso Jesucristo ser circuncidado?

La circuncision era la señal del pecado, y como su sello; pero en

Jesucristo no había ningún pecado, ni concupiscencia alguna. Por esto el Salvador se humilló más profundamente en su circuncisión que en su nacimiento. En éste recibió la forma humana; en aquella recibió la forma de pecador. Quiso ser circuncidado, y lo quiso por profundísima humildad.....

Segun S. Cipriano, S. Agustín, el venerable Beda, Sto. Tomás y otros Doctores de la Iglesia, Jesucristo quiso ser circuncidado por nueve razones principales: 1.º para probar la realidad de la existencia de su carne contra los Maniqueos, que decían que había tomado un cuerpo fantástico; contra Apolinar, que sostenía que el Hijo de Dios había tomado la carne sola sin alma, y que el Verbo suplía á la carne el lugar del alma: y contra Valentino, que enseñaba que Jesucristo había tomado un cuerpo celeste; 2.º para aprobar la circuncision que Dios había establecido en otro tiempo; 3.º para manifestar que era de la raza de Abraham; 4.º para quitar á los Judíos el pretexto de no recibirle no hallándose circunciso; 5.º para recomendarnos con su ejemplo la virtud de la obediencia. Habiendo Dios, como dice el Apóstol (*ad Rom. VIII. 3*), enviado á su Hijo revestido de una carne semejante á la del pecado, Jesucristo quiso ser circuncidado para probar que no desdenaba el remedio por el cual se curaba esta carne; 7.º lo quiso á fin de que, recibiendo el mismo el peso de la ley, libertára á los demás de este peso penoso; 8.º lo quiso para ocultar su Divinidad al demonio, dice S. Leon. Y S. Agustín nos da la razon novena: Jesucristo, dice, quiso que le circuncidasen para abolir la circuncision misma; recibió la sombra para dar la luz; recibió la figura para cumplir la verdad: *Christus suscepit circuncisionem, ablaturus circuncisionem ipsam; suscepit umbram, daturus lucem: suscepit figuram, impleturus veritatem.* (*De Cognit. veró vitæ*).

En fin, la circuncision de Jesucristo fué el principio de su pasion sangrienta, con la que rescató y salvó al mundo... Hé aqui por qué recibió entónces el nombre de Jesús. Jesucristo ha curado nuestras enfermedades, tomando sobre sí mismo el peso de ellas, satisfaciendo á Dios, y mereciendo curar á todo el género humano.

La circuncision fué más dolorosa para Jesucristo que para los demás niños, pues tenía uso de la razon, y sabia por qué motivos se había ordenado aquel acto.....

## CÓLERA.

**C**on justicia es comparado el hombre cólerico á la abeja que para vengarse hunde su aguijon en el cuerpo de los que la persiguen, y lo pierde con la vida: como la abeja, el hombre llevado de la ira deja oír un murmullo amenazador; para vengarse y para herir se hiere á sí mismo, y muchas veces mancha su alma con un pecado mortal. Por esto dice el Rey Profeta: *Rodeáronme como un anjambre de irritadas abejas: Circumdederunt me sicut apes.* (CXVII. 12).

Los pensamientos del hombre que se encoleriza, dice S. Jerónimo, se parecen al parto de la vivora; causan su muerte. (*Ex Philon.*).

La ira es la oscuridad, la turbacion, el tumulto y la tempestad del espíritu; pasa sobre él como agua negra y agitada.

Por la cólera, dice S. Gregorio, se pierde de tal manera la sabiduría, que ya no se sabe ni cómo debe obrarse, ni tampoco lo que debe hacerse; porque quita toda la luz á la inteligencia cuando turba el alma con una fuerte conmocion: *Per iram sapientia perditur, ut quid quoque ordine agendum sit, omnino nesciat; quia viximum intelligentie lucem subtrahit, cum mentem permovendo confundit.* (*Lib. V. Moral., c. XXX*).

El hombre llevado de la cólera no se diferencia de un frenético sino por la duracion del acceso que experimenta; porque la cólera es un frenesi que pasa. Preguntaban á Platon con qué señales se conocia al hombre sabio y cuerdo: Cuando le vituperan y le desgarran, respondió el sabio, no se enfada: cuando le alaban, no se enorgullece; pero el insensato es el esclavo de la cólera, que no puede dominar sus pasiones. (*Dialog.*).

Es preciso considerar la fealdad de la ira.....

Plutarco invita al hombre enfurecido á que se contemple en un espejo y en su conducta; viendo que su rostro y sus acciones se parecen á los de un frenético, tendrá aversion á la cólera y la evitará. (*De Morib.*). Nos volvemos enteramente locos cuando nos enfurecemos.....

El corazon inflamado de cólera, palpita, dice S. Gregorio, el cuerpo tiembla, la lengua balbucea, el rostro se altera, y los ojos se encienden; ni á los amigos se conoce ya. La ira hace perder el uso de la razon; se mira como justo y legitimo todo lo que sugiere: *Ira iudicium rationis exasperat; omne quod furor suggerit, rectum putat.* (*Lib. V. Moral.*). La cólera es ciega, y pone tambien una venda á los hombres: *Cæca est, et excæcat.* (*Ut supra*).

Tristes efectos de la ira, sobre todo para el que se entrega á ella.

La ira apaga en el alma que domina, toda paciencia, toda pureza, toda caridad, toda justicia, toda humanidad, etc.

No seas fácil en airarte, dice el Eclesiastés; porque la ira se abriga en el corazón del insensato: *Ne sis celer ad irascendum; quia ira in sinu stulti requiescit.* (VII. 10).

La ira es la señal de necedad, dice S. Jerónimo: *Ira est signum insipientie.* (Epist.).

Muestra luego su ira el fátno; pero el varón circunspecto disimula la injuria, dicen los Proverbios: *Fatuus statim indicat iram suam.* (XII. 16).

El hombre iracundo manifiesta su frenesí con su rostro que expresa el furor, con palabras llenas de indignación, con gestos amenazadores, etc.; levanta la voz, grita, amenaza, da golpes con las manos y con los pies; se le escapan injurias y muchas veces calumnias, etc. La ira es como una chispa de fuego que cae sobre estopa; si no se apaga al momento, gana terreno, avanza rápidamente, y no se detiene sino cuando ya ha incendiado la casa y las llamas salen por ventanas y techo. El insensato que no se resiste á la cólera, sino que le obedece, la acaricia, le da calor y la alimenta, ha de ser su víctima.

El hombre encolerizado se parece al que, ántes de acabar de recibir una orden y sin haberla comprendido, se precipita á ejecutarla y se engaña, dice Aristóteles.

Los perros ladran cuando alguno, aunque sea su dueño, llama á la puerta. Así el hombre colérico, á causa de su ardor y de su arrebatado carácter, no escucha la voz de la razón ni la del precepto: se apresura á vengarse y á herir. (*Lib. VII. Ethic., c. VI.*) El hombre colérico, dice Casiano, obra sin tomar consejo, y cava pecados: *Vir iracundus agit sine consilio, effodit peccata.* (Collat.).

Dos cosas están opuestas á la sana razón: apresurarse demasiado á obrar, y encolerizarse.....

Las señales ciertas por las que puede darse á conocer un insensato, dice Séneca, son un rostro audaz y amenazador, una frente triste, una cabeza agitada, una marcha desigual, manos continuamente en movimiento, un color de rostro que no es natural, suspiros y gritos frecuentes y agudos. También indican la ira las siguientes señales: los ojos se mueven y chaspean, el rostro se enciende, los labios se aprietan, los dientes chasquean, los cabellos se erizan, el espíritu agitado se extremece; sonidos inarticulados, sollozos, gritos, ruidos, palabras vivas y entrecortadas se escapan de la boca; todo el cuerpo suda, todo es una amenaza desde la cabeza á los pies, el rostro se vuelve horrible, espantoso de ver, y brota de él la espuma de la rabia. (*Lib. I. de ira, c. I.*)

La cólera turba el alma, dice S. Efrén; debilita los sentidos; los pensamientos de venganza se escapan del corazón como el agua de un río que sale de madre: *Ex ira mens perturbatur, sensus debilitatur, et cogitationes vindictæ fluminis instar scaturiunt.* (Serm. VII.)

Ménos se sufriría, dice S. Crisóstomo, viviendo con animales feroces que con un hombre de carácter arrebatado. Puede amansarse el león, pero no aquel hombre (*I. Lib. I. Reg.*).

El hombre encolerizado enseña sus dientes como el jabali, lanza dardos con su lengua como la serpiente, patea como el oso, agita sus brazos como el toro las astas; no respeta ni á vecino, ni á amigo, ni á superior; no conoce á nadie. Es como un enérgümeno, y hasta peor; porque los movimientos del enérgümeno son involuntarios y esforzados.

La ira, dice S. Crisóstomo, es un fuego violento que todo lo devora; pierde el cuerpo y corrompe el alma: *Ignis est vehemens ira omnia devorans; nam et corpus perdit, et animam corrumpit.* (In Lib. I. Reg.).

La ira es una fiera y una leona que no pueden domarse.....

La ira origina disputas, querellas, injurias, maledicencias, calumnias, juramentos, blasfemias, imprecaciones, maldiciones. El hombre que cede á la ira, se deja llevar á los ultrajes, á los golpes, al asesinato; nada hay tan cruel é inhumano que no se atreva él á emprender cuando le excita el furor; porque, desapareciendo la razón y el espíritu, no hace más que seguir la inspiración de su furor.

La ira, dice S. Gregorio, destruye el encanto de la sociedad, rompe la concordia, quita la luz de la verdad y hace desaparecer el brillo que el Espíritu Santo derrama en el alma: *Per iram gratia vite socialis amittitur, concordia rumpitur, lux veritatis amittitur, Spiritus Sancti splendor excluditur.* (Lib. V. Moral., c. XXX).

La ira despierta la ambición, la envidia, la lujuria, el odio, etc.; lleva sobre todo á la maldad, á la venganza y al homicidio.....

El hombre iracundo suscita riñas; el sufrido apacigua las que se han excitado, dicen los Proverbios: *Vir iracundus provocat rixas; qui patiens est, mitigat suscitatas.* (XV. 18).

Semejante á una bestia feroz desencadenada, la ira, dice Aristóteles, lleva á todas partes el desorden: es como un lugar de donde sale la dureza y la violencia; causa la injusta efusión de la sangre; es la compañera de la desgracia; arrastra en su caída la infamia y el oprobio. (*Apud. Stobæum, Serm. XVIII.*)

Quien fácilmente se enoja, estará más expuesto á pecar, dicen los Proverbios: *Qui ad indignandum facilis est, erit ad peccandum proclivior.* (XXIX. 22). Se ve arrastrado á una multitud de pecados de corazón, de palabra y de acciones. Pecados de corazón: esto es, murmullos interiores, exasperación, pensamientos y deseos de venganza, etc.; pecados de palabra: clamoreos, disputas, afrontas y maldiciones; el hombre colérico habla como un ciego y como un sordo; dice lo verdadero, lo falso, exagera, etc.; pecados de acción: procedimientos injustos, rapiñas, golpes, muerte; se parece al demonio, que sólo respira rabia y trata de incendiarlo todo.....

El hombre dado á la ira da asilo al demonio, y el torbellino es un espíritu infernal.

El alma inclinada á la ira es el nido del demonio; en ella deposita Satanás los pensamientos culpables, los fomenta y los desarrolla.

No deis entrada al diablo, dice S. Pablo: *Nolite locum dare diabolo*. (Eph. IV. 27). Y sucede cuando se escuchan las inspiraciones de la ira y se fomentan. La ira abre de par en par la puerta á Satanás y le hace sitio; él se resbala muy fácil y secretamente en el corazón tras los pensamientos de encono; agranda desmesuradamente la injuria recibida, y con sus sugerencias y sus consejos empuja á la venganza. Por esto agita la sangre y el espíritu, inflama la bilis, destruye la razón y el juicio del hombre arrebatado, hasta el punto de persuadirle que la venganza que medita no es venganza, sino un acto de justicia; entónces éste no ve ni su crimen, ni los peligros á que se expone; es ménos él quien obra que su ira y el demonio que habita en él, y á quien obedece como el cuerpo al alma.

En donde hay ira, no está el Señor, sino esta pasión amiga de Satanás, dice S. Clemente: *Ubi est ira, ibi non est Dominus, sed amica Satanae*. (Lib. II. Constit., c. XXXVII).

El que se deja dominar de la ira, aloja en su interior al demonio, dice S. Basilio: *Qui iram habet, demonium in se continet*. (Homil. de ira). S. Crisóstomo llama á la ira demonio de la voluntad. (*Homil. in Dule.*)

Ese amo nuestro (Nabal), avisaba á Abigail uno de los criados de aquél, es un hijo de Belial, tan violento que nadie se atreve á hablarle, dice el libro primero de los Reyes: *Ipsa est filius Belial, ita ut nemo possit ei loqui*. (XXV. 17).

San Gregorio Nacianceno dice que el hombre colérico es un demonio. ¡O ira, exclama, vicio querido del execrable Satanás: tú eres el proveedor del infierno; tú precipitas al hombre en el fuego eterno; tú le entregas á los espíritus infernales! Si, el hombre colérico es un demonio; maltrata, grita, está furioso, se pega, hiere como si no fuera un hombre, sino un demonio. (*In Carm. ad iram*).

La ira se parece al fuego del infierno, que arde, pero no alumbraba; es muy ardiente, pero está lleno de tinieblas: la ira se apodera del alma, oscurece la razón hasta el punto de que el hombre no ve ya ni lo que dice, ni lo que hace....

La ira manifiesta la maldad del corazón.

La ira prueba que el corazón está lleno de hiel... El hombre que se deja vencer por la ira y se abandona muchas veces á este vicio, es un sér degradado, malo, cruel; es un azote para su familia y para la sociedad....

El hombre llevado á la ira es vengativo; examina cuidadosamente ya la gravedad de la injuria que ha recibido, ya la manera más cruel y salvaje de vengarse. Se aplica á desenterrar los vocablos punzantes que ya han caído en desuso, y se sirve de ellos para zaherir profundamente....

El hombre dulce y paciente es feliz; agrada á Dios y á los hombres: el hombre colérico es desgraciado; Dios le detesta y le maldice; los hombres tambien le detestan, le temen, huyen de él y le maldicen. El hombre colérico se convierte en suplicio, en infierno de sí mismo; y lo es tambien de los demás....

Si quereis vencer la ira y destruirla, renunciad á las pasiones inmundas y criminales; porque mientras os seduzcan, estaréis sujetos á la ira....

Las causas de la ira son:

- 1.º La pérdida del temor de Dios y de la fe...
- 2.º Una mala educación en la juventud, malos principios dados y recibidos...
- 3.º Los excesos de juego, de embriaguez, de libertinaje...; pero la causa principal es el orgullo.

El que quiere justificar su ira, dice S. Ambrosio, no hace más que aumentarla y preparar una falta nueva: *Qui vult iram suam justam probare, plus inflamatur, et cito in culpam cadit*. (Lib. de Ofic.).

No hay vicio que se trate de excusar tanto como la ira. Como procede principalmente del orgullo, nadie quiere acusarse á sí mismo, y todos pretenden tener razones para enfadarse. Así es mi carácter... dicen; no puedo contenerme.... Mi mujer, mis hijos, mis criados tienen la culpa de mis arrebatos. Me han provocado sin razón, etc.... Y así, á todas las cosas acusáis, ménos al culpable, esto es, á vosotros mismos....

No sólo todos procuran disculparse de los arrebatos de ira, sino que procuran servirse de este vicio para disculpar á los demás.—¿Por qué blasfemais, hombre obcecado?—La ira me obliga á hacerlo.—¿Por qué os vengais y conservais rencor en vuestro corazón?—Porque soy iracundo.—¿Por qué insultasteis y heristeis á aquella persona?—Estaba enfadado, etc....

Pero todas estas excusas son iniquidades. ¡Nadie puede justificarse de un crimen con otro crimen!....

De su inflexible ira se hará Dios, dice la Sabiduría, una aguda lanza; y todo el universo peleará con él contra los insensatos: *Acuet autem duram iram in lanceam; et pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos*. (v. 21).

Dios se aparta de los hombres que se abandonan á la ira; los maldice en el tiempo, en la muerte y en la eternidad....

Los hombres les maldicen durante su vida, se alegran de su muerte, y aborrecen su memoria. Los vivos descansan cuando el hombre colérico ha muerto....

Si ha habido debilidad en encolerizarse, procúrese que la ira no sea de mucha duración. No sea que se os ponga el sol estando to-

Causas de la ira.

Venas excusadas que se emplean para justificar la ira.

Castigos de la ira.

Remedios contra la cólera.



*davia* airados, dice S. Pablo: *Sol non occidat super iracundiam vestram.* (Eph. IV. 26).

No sea que se os ponga el sol estando todavía airados, es decir, no os encolerizeis, no sea que, según la interpretación de S. Agustín, Jesucristo, verdadero sol de justicia, abandone vuestra alma; pues que Jesucristo no quiere habitar con la ira. Dejad la cólera, arrojadla de vuestro corazón, antes que el sol, luz visible, desaparezca; á fin de que Jesucristo, luz invisible, no os abandone: *Ne sol occidat, id est, ne Christus deserat mentem tuam; quia non vult Christus habitare cum iracundia. Ejice iram de corde, antequam occidat lux ista visibilis, ne te deserat lux invisibilis.* (In hæc verba Apost.).

No os apresureis á encolerizaros, dice el Eclesiástico: *Ne sis velox ad irascendum* (VII. 10); porque una dilación, un retardo previene la cólera ó la apacigua.....

Es natural, dice Casiano, que la ira se debilite ó se apague, si la explosión se retarda; pero si se cede, se inflama más y más: *Hæc est natura iræ, ut dilata languescat et pereat; prolata vero, magis magisque conflagret.* (Collat. XVI. c. XXVII).

Los remedios contra la ira son: 1.º recordar que la ira está prohibida; 2.º contener la lengua y la mano. El filósofo Athenodoro decía al emperador César Augusto: Cuando esteis enfadado, no digais nada, no hagais nada, y esperad hasta trascurrido el tiempo necesario para recitar el alfabeto griego. (Plutarco., in *Apoph. roman.*). El castigo diferido puede aplicarse, dice Séneca; pero el que desde luego se aplica, ya no puede ser revocado: *Potest pena dilata exigi non potest exacta revocari*, (lib. II. de ira, c. XXVI); 3.º considerar la fealdad y la deformidad de la cólera...; 4.º poner atención al perjuicio que causa al que á ella cede y á los demás.... No es el hombre quien nos ha de irritar, sino sus vicios. Es preciso castigar el pecado, dice S. Agustín, pero respetar al pecador. (*De dulc.*). Es preciso imitar al médico, que no se incomoda por las injurias que le dirige el enfermo...; 5.º reflexionar en la insignificancia de lo que nos encoleriza...; 6.º extirpar las pasiones que la producen...; 7.º recordar la dulzura y la mansedumbre de Jesucristo. Si traemos á la memoria los padecimientos de Jesucristo, dice S. Ambrosio, nada hallaremos tan penoso que no pueda sufrirse con paciencia: *Si passio Redemptoris ad memoriam reducat, nihil tam durum quod non æquo animo toleretur.* (Serm. V).

San Gregorio Nacianceno indica tres medios para preservarnos de la ira: el primero, la oración; el segundo, la señal de la cruz; el tercero, la humildad. (*In Distich.*).

Hay ira santa.

Hay dos clases de ira en el hombre, dice Sto. Tomás: la que previene á la razón, que se apodera de ella y hace obrar al hombre; y entónces la ira es la que propiamente funciona, puesto que la operación se atribuye al agente principal: esta ira es mala...; la que sigue las inspiraciones de la razón y es como instrumento suyo;

entónces la operación, que es un acto de justicia, no se atribuye á la ira, sino á la razón. Así es que irritarse contra el vicio, contra los desórdenes, contra un seductor, etc., no es un mal; es celo, es una indignación santa y un deber. Por esto dice el Rey Profeta: *Enojaos y no queráis pecar: Irascimini et nolite peccare.* (IV. 5).

De santa ira estaba animado Nuestro Señor cuando arrojó del templo á los que le profanaban, cuando echaba en cara á los escribas y fariseos su orgullo é hipocresía, y los llamaba raza de vívoras. (*De peccat.*).

En Dios, la ira no es más que el deseo, el amor de la justicia y de una justa venganza.

(Véase mala compañía).

## COMPASION.

Es preciso tener compasión.

**Q**UED un Dios para el desvalido, dice S. Gregorio Nacianceno: *Esto calamitoso Deus.* (De cura paup.). No he dejado, de día ni de noche, de advertir á cada uno de vosotros con lágrimas en los ojos, dice S. Pablo: *Nocte et die non cessavi cum lacrymis monens unumquemque vestrum.* (Act. XX. 31). Y ahora os encomiendo á Dios y á la palabra de su gracia; á Aquel que es poderoso para acabar el edificio de vuestra salud y haceros participar de su herencia con todos los Santos. (Act. XX. 32).

¿Quién enferma que no enferme yo con él? dice aquel gran Apóstol á los Corintios: *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor?* (II. II. 29). Si un miembro padece, todos los miembros se compadecen: *Si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra.* (I. Cor. XII. 26).

Sed todos, dice S. Pedro, de un mismo corazón, compasivos, amantes de todos los hermanos, misericordiosos, modestos, humildes, no volviendo mal por mal, ni maldición por maldición, ántes al contrario, *bienes ó bendiciones;* porque á esto sois llamados, á fin de que poseais la herencia de la bendición celestial. (I. III. 89).

Yo en otro tiempo lloraba con el que se hallaba atribulado, dice Job, y mi alma se compadecía del pobre. (XXX. 25).

El Pontífice que tenemos, dice S. Pablo á los Hebreos, no es tal que sea incapaz de compadecerse de nuestras miserias, habiendo voluntariamente experimentado todas las tentaciones y debilidades, á excepcion del pecado, por razon de la semejanza con nosotros. (IV. 15). La vida entera de Jesucristo está llena de compasion por todas las calamidades y las enfermedades, etc.

No hay ningun pecado cometido por hombre que no podamos cometer todos, dice S. Agustin, si no estamos sostenidos por Aquel que ha hecho al hombre: *Nullum est peccatum quod unquam fecerit homo, quod non possit facere alter homo, si desit Creator á quo factus est homo.* (Soliloq., c. XV).

No dejes de consolar á los que lloran, y haz compañía á los afligidos, dice el Eclesiástico. *Non desis plorantibus in consolatione, et cum lugentibus ambula.* (VII. 38).

Cuán poderosa y ventajosa es la compasion.

**L**a compasion calma el dolor del afligido; porque 1.º el que compadece desahoga el corazón del que sufre. Este corazón estaba cerrado y oprimido de dolor; él le da expansion. Esto hace decir á S.

Ambrosio: El verdadero consuelo en esta triste vida, es hallar un corazón compasivo al cual podamos abrir el nuestro: *Solacium hujus vite est, ut habeas cui pectus aperias tuum.* (Serm. VI).

2.º El que compadece sugiere al que sufre consejos cuerdos que mitigan su dolor y que éste no podría hallar en sí mismo, porque el sufrimiento le aturde.

3.º La compasion y una tierna amistad son un bien que está en contrapeso con el mal causado por el dolor. El que compadece proporciona al corazón lastimado un alivio proporcionado á sus sufrimientos: toma la mitad de las aflicciones que pesan sobre el desgraciado; y éste, fortificado, sufre con más facilidad y resignacion las pruebas á que está sujeto. Una carga dividida se hace ménos pesada.

4.º El desgraciado es como uno que se ahoga, sepultado en el torrente de las tribulaciones, de donde no puede salir por sí mismo; el hombre compasivo le tiende una mano amiga y poderosa, con la cual le saca del abismo en que estaba sumergido, y le conserva la vida. La compasion inspira al afligido hasta paciencia, hasta valor y esperanza de un mejor porvenir.....

## COMUNION DE LOS SANTOS.

¿Qué es la comunión de los Santos.

La comunión de los Santos es la union entre la iglesia triunfante, la iglesia militante y la iglesia purgante, esto es, la union entre los Santos que están en el cielo, los justos que viven en la tierra, y las almas que sufren en el purgatorio. Estas tres partes de una sola y misma Iglesia forman un cuerpo, del que Jesucristo es la cabeza. los miembros de este cuerpo está unidos entre sí por los lazos de la caridad y por una comunicacion mútua de obras buenas. De ahí viene la invocacion de los Santos, los auxilios y gracias que ellos nos procuran, las oraciones para los difuntos, la confianza en el poder de los bienaventurados cerca del trono de Dios.

Todo está en comunión en la Iglesia: oraciones, obras buenas, gracias, méritos, etc....

La comunión de los Santos con Jesucristo, es semejante á la que existe entre el amo y el criado, el padre y el hijo; entre el que ilumina y el que es iluminado, el que justifica y el que es justificado, el gobernador y el gobernado; entre el que da y el que recibe, el que invoca y el que oye, el que beatifica y el beatificado. Esta comunión es un afecto, una union con Dios para no formar más que un mismo espíritu con él, para andar en su luz, participar de los méritos de Jesucristo y de los de los Santos.

La comunión de los Santos está figurada por la parábola del Pastor y de las ovejas, por la union de los miembros, por la asimilacion del alimento con el cuerpo del que lo toma, por las relaciones que existen entre la vid y sus sarmientos. Pero es preciso que los que participen de los consuelos, participen tambien de las pruebas.

Todo fiel que se conozca á sí mismo y se haga justicia, no tiene en sí mismo motivos para contar con sus virtudes y sus obras buenas; pero descansa en los méritos de Jesucristo, en la intercesion de los Santos, las oraciones y los méritos de la Iglesia, que sacan de Jesucristo todo su valor. Esto es lo que sostiene la esperanza cristiana y nos excita á obrar bien. Una de las mayores desgracias para un cristiano, es hallarse fuera de la comunión de los Santos por la excomunión, por el cisma. El pecado mortal impide que se produzcan muchos de los felices efectos de esta comunión.

La comunión de los Santos debiera contribuir á unir los corazones, á ahogar odios generales y particulares, á inspirar á todos los cristianos sentimientos de fraternidad.

Dice S. Pablo: Ya no hay distincion de Judío ni Griego, ni de siervo ni libre, ni tampoco de hombre ni mujer; porque todos vosotros sois una cosa en Jesucristo. (Gal. III. 28).

Tal ha sido la intencion de nuestro Divino Maestro; si correspondemos muchas veces muy mal á ella, no tiene por cierto la culpa nuestra santa religion....

La comunión de los Santos es un dogma de fe, uno de los artículos del Símbolo de los Apóstoles constantemente reconocido por la tradicion y fundado en la Sagrada Escritura.

La comunión de los Santos es un dogma de fe.

Nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo, dice S. Pablo á los Romanos, un sólo cuerpo, siendo todos reciprocamente miembros los unos de los otros: *Ita multi unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra.* (XII. 5). Dios ha puesto tal orden en todo el cuerpo, que se honra más lo que de suyo es ménos digno de honor, á fin de que no haya cisma ó division en el cuerpo, ántes tengan los miembros la misma sollicitud unos de otros: *Ut non sit schisma in corpore, sed idipsum pro invicem solliciti sint membra.* (I. Cor. XII. 24-25). Siguiendo la verdad del Evangelio con caridad, en todo vayamos creiendo en Cristo, que es nuestra cabeza, y de quien todo el cuerpo místico de los fieles, trabado y conexo entre sí con la fe y caridad, recibe por todos los vasos y conductos de comunicacion, segun la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfeccion, mediante la caridad: *Veritatem autem facientes in caritate, crescamus in illo per omnia, qui est caput Christus.* (Ad Ephes. IV. 15-16).

## CONCORDIA.

Necesidad de la concordia.

LA razon y la voluntad son dos hermanas, es preciso que armonicen y que la voluntad, que es la inferior, esté sujeta á la razon y le obedezca. Unidas estas dos hermanas, son fuertes como una ciudad guerrera, son inexpugnables. Si al contrario la razon y la voluntad no están de acuerdo, si la voluntad se levanta contra la razon, resultan divisiones interiores que minan las fuerzas de una y otra.....

Necesidad de la concordia con si mismo.....

Necesidad de la concordia con los demás.....

La concordia es el cimiento que une las piedras de un muro; quitad el cimiento, y el muro caerá. La concordia es el lazo que une y hace adherir entre si los miembros de la familia y de la sociedad; quitad la concordia, y los hombres se desgarrarán como bestias feroces. ¡Más caridad, más justicia, más indulgencia, más perdon!...

El centro une todos los radios del círculo; quitad el centro, y el círculo desaparece. La concordia es el centro de las familias, de las ciudades, de las naciones. La discordia causó la pérdida del imperio romano: el pueblo se levantó contra los magistrados: los soldados se levantaron contra el Senado: el mismo Senado se dividió tambien; y de ahí vino la ruina de aquella grande y poderosa república.....

Excedencia de la concordia.

La concordia es la verdadera fraternidad. Ser hermano de alguno, es ser casi otro uno mismo: *Frater dicitur quasi fere alter.*

En tres cosas se ha complacido mi corazon, dice el Eclesiástico, las cuales son de la aprobacion de Dios y de los hombres: la concordia entre los hermanos y parientes, y el amor de los prójimos, y un marido y mujer bien unidos entre si: *In tribus placitum est spiritui meo, quæ sunt probata coram Deo et hominibus: concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes.* (XXV. 4-2).

La concordia entre hermanos es la paz, dice S. Agustín; la concordia entre hermanos es la voluntad de Dios, la alegría de Jesucristo, la perfeccion de la santidad, la regla de la justicia, el fondo de la doctrina, la celadora de las costumbres, y en todas las cosas una disciplina digna de alabanza: *Pax concordia fratrum, concordia fratrum voluntas Dei est, jucunditas Christi, perfectio sanctitatis, justitie regula, materia doctrina, morum custodia atque in rebus omnibus laudabilis disciplina.* (Sentent.). La concordia, añade aquel gran Doctor, es la madra del amor, la señal cierta de un alma pura; pide á Dios todo lo que quiere, y todo lo que quiere consigue: *Pax dilec-*

*tionis mater est, ac pura mentis indicium manifestum; quia sibi exigit de Deo quod velit, quidquid voluerit, petit, sumit.* (Sentent.).

San Gregorio Nacianceno dice acertadamente que la base y las bellezas del universo consisten en la concordia de elementos diferentes que se combinan con cualidades contrarias. En tanto que el universo, dice, esta obra de Dios, esté en calma y tranquilo; en tanto que sus elementos se armonizan y siguen conformes á su naturaleza, y ninguno de ellos se levanta contra el otro, y conservan los lazos de benevolencia por medio de los cuales la poderosa palabra del Criador los ha unido, el universo está verdaderamente en el orden y en la concordia; su belleza es incomparable. Pero si sale de la calma, si sus elementos entran en guerra, ya cesa de existir. La razon consiste en que Dios es la concordia primera, creada, suprema, y ama infinitamente todo lo que permanece unido á semejanza y como obra propia y perfectamente suya. Porque la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, está infinitamente de acuerdo, no accidentalmente, sino de una manera esencial. Y la Santa Trinidad ha comunicado é impreso su concordia á los cielos, á los elementos y á todas las cosas. Dios ha hecho participante de su Trinidad en la unidad á todo lo que ha creado. Ha dispuesto todas las cosas con número, peso y medida, segun aquellas palabras de la Sabiduría: *Omnia in mensura, et numero, et pondere disposuisti.* (XI. 21).

Esto mismo es tambien lo que vemos en la celestial familia del Verbo encarnado, que consta de tres personas santísimas, Jesucristo, su Madre divina, y su padre putativo S. José. Allí se encuentra la concordia perfecta, el amor, el respeto mútuo, la santidad llevada al más alto grado. Hay un deber en los esposos y en las familias de contemplar asiduamente y de imitar aquellos divinos modelos. En esto estriba su felicidad. (*In Distich.*)

Allí en donde hay concordia, allí está Jesucristo, allí está Dios, allí está toda la Santa Trinidad, formando en cierto modo en los que viven bien unidos una trinidad en la unidad, esto es, la union de los espiritus, de los corazones y de las acciones.....

El hermano que es ayudado de su hermano, es como una plaza fuerte; y los juicios *rectos* son como los cerrojos de las ciudades, dicen los Proverbios. (XVIII. 19).

Esta sentencia de Salomon concuerda con un apólogo contado por Plutarco. (*In Apoph. reg.*) Siluro, dice, tenia ochenta hijos; cuando sintió que se acercaba su muerte, los reunió al rededor suyo, y presentando á cada uno de ellos un haz de lanzas, les invitó á que lo rompieran; todos se negaron á hacerlo, diciendo que era imposible. Entónces Siluro separó las lanzas y las rompió todas una á una, diciendo á sus hijos: Hijos míos, si entre vosotros reina la concordia, seréis fuertes, invencibles; pero al contrario, seréis débiles y fácilmente se os vencerá si estais desunidos.

Ventajas de la concordia.

Hé aquí una máxima devida al rey Micipsa que nos ha conservado Salustio: Las cosas pequeñas crecen con la concordia, y las más grandes son aniquiladas por la discordia: *Concordia parva res crescunt; discordia autem maxima dilabuntur.* (In Jugurth.). La verdad de estas palabras se manifiesta claramente viendo á los Apóstoles, los religiosos y los claustros. Se nota lo contrario viendo lo que pasa con los herejes.

Antisteno decia que los hermanos que estaban de acuerdo eran más fuertes que las más fuertes murallas. (*Ita Laert.*)

Os digo más, que si dos de vosotros se unieren entre si sobre la tierra para pedir algo, sea lo que se fuere, les será otorgado por mi Padre que está en los cielos, dice Jesucristo; porque donde dos ó tres se hallan congregados en mi nombre, allí me hallo yo en medio de ellos: *Iterum dico vobis, quia si duo ex vobis consenserint super terram de omni re, quancumque petierint, fiet illis á Patre meo, qui in cælis est. Ubi enim sunt duo vel tres congregati in nomine meo, ibi sum in medio eorum.* (Matth. XVIII. 19-20).

Una cuerda de tres dobleces difícilmente se rompe, dice el Eclesiástico: *Funiculus triplex difficile rumpitur.* (IV. 12). Los primeros cristianos no tenían más que un mismo corazón y una misma alma, dicen las Actas de los Apóstoles: *Erat cor unum et anima una* (IV. 32); y nada pudo vencerlos, ni las amenazas, ni las persecuciones, ni las cadenas, ni las cárceles, ni los tormentos de toda clase...

La concordia fortifica las familias..., las ciudades..., los reinos... La discordia rompe y destruye; trae conflictos y guerras de exterminio.....

La discordia es infernal y diabólica, puesto que saca su origen de Lucifer, primer autor de la discordia que existió entre los ángeles en el cielo; por esto fué precipitado repentinamente y con la rapidez del rayo á los infiernos, lugar de eternas discordias. Así la discordia ha producido infierno y demonios; en tanto que la concordia, venida del cielo, convierte en paraiso la tierra y lleva al paraiso de la eternidad. La discordia ha producido réprobos; la concordia hace santos y elegidos.....

Ved las maravillas que obra la concordia entre los astros...; entre los árboles y las plantas...; entre las hormigas, las abejas, etc.; en el seno de una familia...; en un ejército..... El hombre es agradable á Dios por la concordia.....

La concordia asegura la victoria, y la discordia la derrota.

Preguntaban á Agesilao por qué motivo Esparta no estaba rodeada de fortificaciones. A lo que contestó, señalando á todos los ciudadanos aunados y perfectamente unidos: Hé aquí, dijo, las fortificaciones de la ciudad: *Hi sunt civitatis mœnia.* (Ita Sibaens).

El abate Onuphrio enseñó de un modo ingenioso á sus seis hermanos la manera de practicar la concordia. Todas las mañanas, durante varias semanas seguidas, apedreaba una estatua, y por la noche le

Medios de practicar la concordia.

decia: Perdóname. Sus hermanos le preguntaron por qué hacia aquello; y el Abate les contestó: Pensaba en vosotros. Me habeis visto arrojar piedras al rostro de esta estatua. Ahora bien: ¿Me ha respondido? ¿Me ha dicho injurias? ¿Se ha encolerizado?—No, le contestaron ellos.—Y cuando le he pedido perdon por haberla ultrajado, ¿se ha conmovido? ¿me ha dicho acaso: No os perdono?—No.—¡Pues bien! Nosotros que somos siete hermanos, si queremos vivir juntos, debemos parecernos á esta estatua. Todos lo prometieron, fueron fieles á su resolucion, y pasaron así su vida en la más perfecta concordia y en la paz más agradable. (*Vit. Patr.*)

Cuando entré en la vida religiosa, dice el abate Nestero, dije á mi alma: Debes parecerte á una bestia de carga. Cuando la pegan, no responde nada y sufre la injuria: obra de la misma manera, ó alma mia; medita las palabras del Rey Profeta: *Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum.* Estuve delante de tí como una bestia de carga, y yo siempre contigo. (LXXII. 23-Vit. Patr.).

Imitad á la paloma, dice el abate Agathou: cuando la insultan, no se enfada; cuando la alaban, no se enorgullece. (*Vit. Patr.*)